

mas, no sólo a nosotros mismos, sino para quienes dicen sustentearlas con todo el corazón.

Y entonces el libro deja otra impresión, más grata, más consoladora, más digna. Uno se considera un poco más cerca de todo esto que especifica en su libro *Benedicto Chuaqui*. Y si decimos esto, seguramente veremos en la boca de muchos una sonrisa resbaladiza, una sonrisa de tonos diferentes, en donde uno no sabe si hay una inofensiva malicia o si ella sustenta el veneno del resentimiento, la lágrima triste y pobre de un fracaso, o simplemente, el repugnante colmillo de la incapacidad.—VÍCTOR CASTRO.



LA GENERACIÓN CHILENA DE 1842, por *Norberto Pinilla*. Ed. Universidad de Chile, 1943

La obra recientemente publicada por el profesor y escritor nacional Norberto Pinilla reúne las características de un acertado equilibrio en el plan, novedad de conceptos y alto decoro en el estilo.

Cuando en libros de este género se trata de plasmar la esencia ideológica y vital de un momento de la historia parece que los inconvenientes se acumulan uno tras otro. Ser imparcial supone el haberse desligado de posiciones previas antes y después de haber abarcado la pluralidad y el detalle. Muchas veces se corre el riesgo de perderse en los frondosos pormenores de un tema sin haber conseguido aprisionar, en un todo orgánico, la visión de conjunto racionalmente articulada, de tal forma que el lector pueda ejercitar su personal e intransferible función de aceptar o negar las conclusiones, que el autor señala concretamente o insinúa como un matiz de posibilidad.

Sin lugar a dudas la obra del profesor Norberto Pinilla ofrece esta garantía. Seriamente coordinada, su hilo conductor no se quiebra ni se esfuma en ningún momento.

En sus primeras páginas se trazan los contornos e incluso se anima el contenido del paisaje físico y humano en el que hubieron de tomar impulso y moverse los escritores de la generación chilena del 42. Son valiosos datos, actualizados según un proceder de síntesis, sobre política, arte y costumbrismo. Y a lo largo del estudio se van fijando una nutrida serie de conceptos, que naturalmente nos llevan a tener que abordar un problema. Es decir, el problema que surge siempre que un escritor se decide a manejar el concepto «generación».

La pregunta, que en consecuencia se impone, es la siguiente: ¿Existió realmente esta generación del 42?

Norberto Pinilla nos recuerda las condiciones necesarias para que la existencia de ese concepto se pueda dar como válida. Son aproximadamente las mismas que Peterssen subraya en su obra «Las generaciones literarias», tales como la coincidencia de nacimiento, o por lo menos una fecha aproximada, una cierta homogeneidad de educación o modelación mental entre los escritores, etc. Ahora bien, faltan otras condiciones para que se pueda decir que el concepto de generación existe,

Son posiblemente las más importantes. Por ejemplo: la realidad de un acontecimiento o experiencia generacional con la consiguiente parálisis de precedentes influencias, y sobre todo la presencia real o imaginada de un caudillo.

Estimo muy acertadas las observaciones que hace el autor cuando dirige su examen a desentrañar algunas ideas del inconformista José Victorino Lastarria quien en su obra «Recuerdos literarios», escribe: «El movimiento literario de 1842 no tuvo origen en influencias sociales ni en hechos históricos anteriores, y sobrevino como una reacción individual que tuvo que preparar por sí mismo y sin elementos el acontecimiento que iba a producirse, al través de todo género de dificultades políticas y sociales».

Si lo que Lastarria escribió fuera cierto tendríamos que dar por no existente el acontecimiento generacional. Sin embargo,

parece ser que en esta ocasión el luchador solitario, fecundo y bravío que fué Lastarria hace esfuerzos por olvidar las contiendas literarias con el grupo de escritores argentinos. Aquellos torneos que sacudieron las fibras de los chilenos hasta conseguir que una conciencia nacional se fuera delineando claramente. «Conciencia al comienzo auroral e ingenua, pero conciencia de su ser».

¿Y el caudillo? ¿Puede decirse que lo hubo?

Leyendo el libro de Norberto Pinilla se adquiere el convencimiento perfectamente documentado de que esa jefatura fué ejercida por algunos hombres que sembraron ideas, como Bello, Sarmiento y Lastarria. Pero haciendo un sencillo malabarismo podríamos decir que tal vez el caudillismo ideal estuvo materializado en una serie de ideas de origen francés, ideas que hicieron posible la eclosión de algunos hombres. Recuérdese la procedencia francesa de los conceptos que sirvieron de soporte al famoso discurso literario del primer Presidente de la Sociedad Literaria. Y no se olvide la gran admiración que sentía por Francia el jefe intelectual del primitivo liberalismo chileno.

Refiriéndose a este punto el autor nos dice: «El amor a Francia es natural. De la tierra de Renán parten los haces del pensamiento liberador, las ideas democráticas, el sentimiento romántico, la elegancia de la dicción literaria y los monumentos del arte plástico. Francia es la madre intelectual de la América española. Lastarria traduce, por lo tanto, el sentir de sus contemporáneos no sólo chilenos, sino americanos».

La generación chilena de 1842 persigue su finalidad que requiere el tránsito de etapas diversas: «deshispanizarse, europeizarse, chilenizarse e hispanoamericanizarse».

En el desarrollo de estas ideas, el profesor Norberto Pinilla se ve forzado a recorrer en su camino una especie de curva cerrada. Camino que forzosamente le lleva al punto de partida, es decir, a aceptar la hispanoamericanización. Pero ese voca-

blo de doble filo supone y significa recrear los iniciales estímulos, enriquecidos con los elementos que el contacto con el mundo suministra a toda entidad, llámese individuo, grupo o pueblo.

He ahí el origen indiscutible de lo que certeramente se ha llamado conciencia nacional, valorización de sí mismo, demarcación del propio ser libre y personal. Sólo entonces se puede hablar del nacimiento del hombre chileno moderno con sus características tan difíciles, como las de cualquier otro, de reducir a fórmula exacta.

* * *

Veamos, ahora el ritmo expositivo que el autor ha seguido en la realización de su magnífica obra.

Después de haber señalado las condiciones espirituales y materiales de las primeras décadas de la vida chilena, nos recuerda el convencimiento de que «la literatura chilena de los siglos XVI, XVII y XVIII es desconocida en general por el lector corriente». La etapa de la independencia no es favorable para el cultivo de la creación literaria. «Con la influencia de Joaquín de Mora y de Andrés Bello, las letras se entonan lentamente».

Se impone un especial estudio monográfico de cada uno de los hombres representativos. Y así vemos desfilar la imagen de Bello, singular gramático, recreador del idioma, poeta «que se nutre de los jugos de Virgilio y Horacio». Su filosofía de corte utilitarista se reduce al utilitarismo de la civilización.

José Joaquín de Mora, «el ilustre aventurero», fundador del Liceo Chile y redactor de la Constitución del año 1828, verdadero compromiso entre el federalismo y el liberalismo. El autor hace resaltar la influencia que el literato español ejerció en Victorino Lastarria.

La figura de Manuel Montt se recordaba en un marco de luminosa creación. El gran organizador de la educación en Chile, el hombre que por su poderosa personalidad se le ha considerado como el continuador de la obra de Portales en la organización de la República, viene de una aldea y sabe inyectar a la ciudad «las fuerzas potentes del hombre semi rural».

Sus obras máximas como Ministro, son los decretos de creación de la Escuela Normal y de la Universidad.

En el título «Tres hispanoamericanos», se estudian a García del Río, lejano autor de la ortografía chilena, a Faustino Sarmiento con sus notas de vitalidad y sinceridad, y a Vicente Fidel López, uno de los hombres que mayor fe tuvieron en el perfeccionamiento humano, en el progreso.

El estudio del tema de la generación del 42 abarca extensas páginas. Desde sus primeros pasos con la fundación de la Sociedad Literaria hasta la convocatoria del primer concurso literario en honor del 18 de Septiembre. Y como elementos de enlace, un documentado estudio sobre la polémica luminosa del romanticismo, un esbozo de las primeras manifestaciones del teatro nacional y un examen de la obra que los escritores dejaron eterna en las páginas del «Seminario de Santiago», publicación que puede considerarse «como la primera manifestación legítima del linaje literario chileno», cuadernos que fueron al mismo tiempo «cátedra, tribuna y barricada».

De la pléyade de escritores se destacan dos nombres: Salvador Sanfuentes, poeta que inicia su producción cultivando la poesía neoclásica, y José Joaquín Vallejo, escritor que hace gala de su desenfado criollo. Antirromántico, en sus comienzos, termina como Sanfuentes rindiendo un culto titubeante al romanticismo. «Sólo Guillermo Blest Gana es el primer poeta romántico nacional legítimo».

Se cierra el volumen con atinadas notas sobre los hombres e ideas de la generación.

La obra del profesor Norberto Pinilla, Director de las Escuelas de Temporada de la Universidad de Chile, es la valiosa y emocionada contribución de un hombre que no ha regateado su esfuerzo para esclarecer uno de los aspectos más interesantes de la vida literaria chilena. Merece una difusión amplia. Los estudiosos hallarán en este libro un buen instrumento de información y los eruditos un imprescindible punto de arranque para cualquier intento de mayores proporciones.—VICENTE MENDOGOD.



SOBRE «CANCIONES DE TODOS LOS TIEMPOS» DE FÉLIX ARMANDO NÚÑEZ

New York, 20 de octubre de 1943.

Querido Félix Armando:

No sabe cuánto buen goce estético estoy logrando con sus «Canciones de todos los tiempos». Nos enseña usted en ellas que es posible expresar la tremenda sensibilidad y la angustia de estos días sin destruir lo que para mí es esencial en todo arte: la forma. Hay que haber sido romántico para ser clásico, me parece que dijo alguna vez el viejo Goethe de las «Conversaciones». O a la inversa, siempre he pensado que es necesario saber escribir excelentes sonetos para dejar de hacerlos. Creo que en mi país, en nuestro país, donde el talento poético por falta de oficio ha tomado el camino fácil de la disolución, su libro va a tener una influencia ejemplar. Y cómo me gusta que en medio de los pinos y el paisaje un poco nórdico de Concepción, de pronto Ud. recuerde nuestro trópico elemental. En medio de las «Academias» de tan perfecto dibujo, de tan acabados cuadros de composición, ese «Romance del Libertador» tiene la eficacia popular de un corrido. Y cómo me hizo evocar algunos